

# La incidencia de algunos textos magisteriales en la catequesis de adultos

---

*RICARDO LAZARO RECALDE*

Este artículo quiere ser breve y sugerente. El magisterio de la Iglesia es una gran mina documental para la catequesis. Nos perderíamos si quisiéramos abarcar toda la riqueza que encierra. En estas breves páginas sólo pretendo fijarme en *algunos* textos magisteriales, indicando cómo inciden en la catequesis de adultos.

Toda selección es necesariamente subjetiva, y así lo entiendo. Elijo los textos que para mí son importantes, a la hora de enfocar la catequesis de adultos. El mismo tono personal del artículo quiere acentuar la parcialidad de esta selección. Por otra parte, prefiero limitarme a sugerir esta incidencia más que a mostrarla de forma pormenorizada.

Los textos que elijo son textos que *inciden* en la catequesis de adultos, aunque no sean siempre textos directamente catequéticos, o directamente referidos a la catequesis de adultos, sino a la catequesis en general. Me sitúo en la perspectiva del catequeta que, a la hora de definir su concepto de catequesis de adultos, recurre al magisterio como a una de sus fuentes. Limitarme a textos referidos expresamente a la catequesis de adultos empobrecería mi visión.

Cuando hablo de "*catequesis de adultos*" pienso en la catequesis de inspiración catecumenal, con su finalidad y dinámica propias. En la praxis real, sin embargo, por "*catequesis de adultos*" se entienden

experiencias formativas de muy diversa índole, desde simples charlas a cursos de teología para seglares. Me molesta esta confusión. Desearía recuperar, precisamente con el magisterio, la inspiración catecumenal de toda forma de auténtica catequesis. Me ha agradado que el *Catecismo de la Iglesia católica* defina a la catequesis como "*catecumenado postbautismal*" ( n. 1231), con todas las modulaciones que implica esta inspiración catecumenal.

He preferido adoptar, en mi selección de textos magisteriales, el orden cronológico, empezando por el concilio Vaticano II. Procuraré, sin embargo, aunque de forma muy somera, ver cómo tal o cual aportación magna ha ido resonando en documentos posteriores. Es muy ilustrativo detectar la selección que textos magisteriales posteriores introducen en los que les anteceden. Es como si el mismo magisterio jerarquizase su propia aportación.

De forma muy especial he tenido en cuenta, al organizar mi reflexión, los documentos del episcopado español *La catequesis de la comunidad* y *Catequesis de adultos* con los que, por mi trabajo en el Secretariado Nacional de Catequesis, me siento muy vinculado e identificado. Admiro el esfuerzo que en ellos se hace por integrar los textos catequéticos mayores de la Iglesia universal. Esa incorporación tan cuidada sólo ha sido posible después de una meditación reposada de los mismos. Paradójicamente, y en medio de una total sintonía con los documentos del magisterio universal, descubro en los documentos catequéticos de nuestros obispos aportaciones muy originales y sugerentes para la catequesis de adultos. Acaso, como todo ser vivo que avanza, el apoyo sólido de un pie ha permitido avanzar más con el otro.

## I. Textos conciliares que inciden en la concepción de la catequesis de adultos

Es sabido que el Vaticano II no elaboró un documento expreso sobre la catequesis, aunque encargó la redacción de un directorio sobre ella (ver CD,44). Algunos de sus documentos, sin embargo, son de una importancia vital para clarificar la orientación de una verdadera catequesis de adultos.

### a. El filón de *Dei Verbum* y de *Christus Dominus*

Para mí no existe duda de que *Dei Verbum* es el documento conciliar más importante para clarificar lo que es catequesis, sobre todo por la renovación que introdujo en la concepción de lo que es la Revelación, y, consiguientemente, en la concepción de lo que es la fe.

#### *El concepto de Revelación*

Entiendo que en la base de la catequesis de adultos debe estar la concepción de una *Revelación* como "autocomunicación de Dios" al hombre, y no sólo como una comunicación de verdades que superan a la razón. Dios, al revelarse, se comunica a los hombres «a fin de invitarles a la unión con El y recibirles en ella» (DV,2). Al aceptar, por la fe, la Revelación los hombres «se hacen partícipes de la naturaleza divina» (DV,2). Esto cambia todo: la concepción de la *tradición*, como transmisión de esa Revelación, la concepción del *ministerio de la Palabra*, que vehicula esa transmisión, y la concepción de la *fe*, por la que el hombre se adhiere a esa acción divina y se entrega a Dios.

Esta Revelación de Dios es *gratuita*, de libre iniciativa suya, es *histórica*, pues se realiza en la historia de los hombres, mediante obras y palabras y es *crístocéntrica*, ya que su plenitud tiene lugar en la perso-

na de Jesucristo. Estos tres acentos son determinantes a la hora de concebir la catequesis de adultos, transmisora de esa Revelación.

### *El concepto de fe*

El propio concilio, al descubrir lo que es la catequesis, apunta al *concepto de fe* de DV,5. Lo hace en el Decreto sobre el deber pastoral de los obispos, *Christus Dominus* (CD). Nos dice aquí lo que busca la catequesis: que «la fe, ilustrada por la doctrina, se haga viva, explícita y operativa (viva, explícita et operosa)» (CD,14), apuntando a las tres cualidades (de entrega total, de adhesión del entendimiento y de compromiso de la voluntad) implicadas en DV,5.

A una concepción preferentemente *noética* de la Revelación correspondería una concepción de la fe como *adhesión intelectual* y una concepción de la catequesis de adultos como mera *enseñanza*. A la concepción conciliar de la Revelación como *autocomunicación de Dios* corresponde una concepción de la fe como *entrega*, plena y libre, a Dios y una concepción de la catequesis de adultos como verdadero *noviciado* de vida cristiana, perspectiva desarrollada por AG,14.

Según esta base conciliar, la catequesis de adultos, concebida como noviciado, trata de que el hombre se entregue a Dios (fe viva), de que esa entrega sea lúcida (fe explícita) y de que se traduzca en obras (fe operativa). Es todo el hombre (con su afectividad, su entendimiento y su voluntad) el que, «entero (totum)» (DV,5), se entrega a Dios.

### *La formación doctrinal*

En esta descripción de la catequesis, de CD,14, aparece todavía otro matiz, ya que nos indica por qué *medio* la catequesis debe conseguir su finalidad. Nos dice: "per doctrinam", por medio de una formación

doctrinal.

Es importante para la catequesis de adultos distinguir entre el fin y los medios. No me gustaría elevar a fin lo que sólo es medio. El fin de la catequesis de adultos es propiciar esa entrega a Dios, lúcida y operativa. La *propuesta doctrinal* del mensaje evangélico es un medio, muy importante, pero sólo un medio. Me hace bien concebir a la catequesis en términos de vinculación personal con Dios. La veo como una tarea delicada y grandiosa.

Me gustaría tener en cuenta, también, que este medio, la propuesta doctrinal, es necesario. A veces proyectamos sobre él prejuicios de corte antiintelectual, como si conocer bien la fe fuera algo teórico. Yo prefiero cargar a la expresión conciliar "*doctrina*" de toda su hondura evangélica. Se trata, entonces, de proporcionar, en la catequesis de adultos, un conocimiento jugoso del mensaje evangélico, que dé realmente sentido a la vida del hombre y le capacite para poder hablar de su fe ante los demás. Interpreto el concepto conciliar de "*doctrina*" a través de la concepción evangélica: «Mi doctrina no es mía» (Jn 7,16), y la hago sinónima de la buena noticia del Evangelio, con toda su fuerza significativa para la vida del hombre.

En este sentido, es vital para la catequesis de adultos que el contenido de lo que transmite sea realmente una explicitación kerigmática (cf CT,25), fuente de luz para el hombre de hoy. Si esto es así, tiendo a creer que nuestra catequesis de adultos, tal como se está realizando, ha de cargarse de mayores y mejores contenidos (cf CC, 86), y se convierta en verdadera luz y fuerza vital para la vida de los hombres.

### *La experiencia de vida cristiana*

A propósito de esta descripción conciliar de la catequesis en CD,14, me pregunto todavía si este medio que propone (una buena y jugosa

presentación del mensaje evangélico) es el único medio del que ha de valerse la catequesis de adultos para conseguir su finalidad (una fe viva, explícita y operativa). La reflexión catequética postconciliar ha ido precisando más las cosas. El *Código de derecho canónico* (CDC), que presenta frecuentemente en sus canones excelentes síntesis del pensamiento conciliar, vuelve a describir la noción de catequesis de CD,14, enriqueciéndola. Según el Código, lo que pretende la catequesis es «que la fe de los fieles, mediante la enseñanza de la doctrina y la *práctica de la vida cristiana* (per experientiam vitae christianae) se haga viva, explícita y operativa» (c.773).

Es muy significativa para mí esta añadidura. Nada menos que el *Código de derecho canónico* es el que enriquece el pensamiento conciliar en un tema pastoral. Ha recogido, sin duda, documentos magisteriales posteriores. Este enriquecimiento del concepto de catequesis afecta no a la finalidad sino a los medios. Ya no se habla de un único medio (per doctrinae institutionem) sino de dos. Se añade la experimentación de la vida cristiana (per vitae christianae experientiam).

Según esto, para propiciar una buena vinculación con Dios (finalidad) a la catequesis de adultos no le basta mostrar, por ejemplo, en qué consiste la oración cristiana: hay que experimentar la oración. No le basta tampoco mostrar lo que es el compromiso cristiano: hay que experimentarlo y evaluarlo. No le basta una buena presentación doctrinal de la moral evangélica: hay que vivirla y, en las sesiones de catequesis, discernir si nuestras actitudes y comportamientos están siendo realmente evangélicos.

### *Una pedagogía activa*

A nadie se le ocultan las implicaciones *pedagógicas* que esta visión de la catequesis de adultos trae consigo. Hay que saber conjugar dos factores: la formación doctrinal y la formación por la acción. Con

razón el *Directorio catequético general* definirá a la pedagogía catequética como una *pedagogía activa*:

«Es claro que la dimensión *activa* de la catequesis está en plena conformidad con la economía de la revelación y de la salvación. Una pedagogía que favorece una respuesta *activa* de los catequizados es conforme al estado ordinario de la vida cristiana, en la cual los fieles responden activamente al don de Dios por medio de la oración, de la participación de los sacramentos y de la sagrada liturgia, por el compromiso eclesial y social y por el ejercicio de la caridad» (DCG, 75).

#### **b. El filón de *Ad Gentes* y de *Gravissimum Educationis Momentum***

Para la catequesis de adultos el filón de DV+CD,<sup>14</sup> es una mina riquísima, que no he hecho más que esbozar. El filón del decreto *Ad Gentes*, sobre la acción misionera de la Iglesia, no lo es menos. Entiendo que la segunda descripción de la catequesis que hace el concilio, de *Gravissimum Educationis Momentum* (GEM), bebe en esta segunda fuente.

#### *La catequesis dentro de la evangelización*

Son varias las cuestiones de AG que, a la hora de enfocar la catequesis de adultos, me interesan vivamente. La primera y más importante es el mismo hecho de plantear el catecumenado *en el interior* de la acción misionera. El catecumenado, para el concilio, no es algo posterior a la acción misionera de la Iglesia. Esta encierra dentro de sí tres cosas: el anuncio del evangelio (con palabras y obras), el catecumenado (con sus sacramentos de iniciación) y la formación de la comunidad cristiana (ver AG, 11-15).

Me gusta considerar a la catequesis de adultos dentro de la acción misionera de la Iglesia. Esta acción misionera, no lo olvidemos, «es única e idéntica en todas partes y en toda situación, si bien no se ejerce del mismo modo según las circunstancias» (AG,6): una cosa es la "*misión ad gentes*", acción misionera en tierras de misión y otra la "*nueva evangelización*", acción misionera en países de tradición cristiana muy marcados por la secularización (cf RM, 33).

Creo que sería riquísimo para nuestras Iglesias considerar más a la catequesis de adultos como *consecuente* del anuncio misionero que como *antecedente* de la renovación de la fe de nuestros fieles. Ambas cosas son necesarias, pero enfocar la catequesis de adultos casi exclusivamente en función de los que asisten ya habitualmente a nuestras comunidades es lanzarse a una operación sin futuro: la demanda enseguida la tendremos cubierta.

Para AG el catecumenado sólo tendrá vida sobre la base de una acción misionera vigorosa. Para nosotros, la catequesis de adultos sólo tendrá vida si la enfocamos dentro de una acción misionera seria: hacia aquellos alejados que, gracias al anuncio, se interesan por el Evangelio.

Por otra parte, este espíritu de AG trata de evitar la formación precipitada de una comunidad cristiana. Sólo se forma parte de ésta después de un largo proceso formativo, donde la *conversión inicial* toma cuerpo y se convierte en *madura confesión de fe*. Me duele la lectura reciente de algunas pastorales sobre la evangelización, por otra parte admirables, que no terminan de ver a los procesos catecumenales como elemento *interior* de esa pastoral. Dan la impresión de que el anuncio misionero puede renovar directamente nuestras comunidades cristianas, dispensándonos del paciente trabajo de esa formación cristiana básica que es todo proceso catecumenal. Me congratula pensar qué bien captó esta dinámica la exhortación *Evangelii Nuntiandi* de la que hablaré enseguida, al situar a la catequesis de adultos dentro del

proceso de la evangelización (cf EN, 44).

### *La conversión y la fe*

Aparte de esta impostación del catecumenado en el interior de la acción misionera, la teología de AG introduce una serie de conceptos que son claves para un correcto enfoque de la catequesis de adultos. Me voy a fijar en concreto en los conceptos de «conversión», (AG, 13), en el de «camino espiritual» o «cambio progresivo» (AG, 13) y en el de «catecumenado» (AG, 14). Todos ellos están inscritos en el contexto vital de una fe que nace, crece y se hace madura, y en la génesis de una comunidad cristiana que va gestándose por etapas.

Me enriquece mucho releer AG,13 y tratar de profundizar en la *concepción de la fe* y de la *conversión* que describe. Me extraña el hecho de que, muchas veces, a la hora de clarificar lo que es la fe, cuya maduración persigue la catequesis de adultos, no se recurra más a AG,13, como el complemento indispensable de DV,5, al que antes he aludido. En AG, y es lo primero que detecto, aparece el binomio "fe-conversión", de sabor evangélico, y que el propio Jesús urgió como respuesta al anuncio del Reino. En esta descripción se ve cómo, al «anunciar al Dios vivo y a Jesucristo» (AG,13), el Espíritu (nótese el substrato trinitario) abre el corazón de los hombres para que «creyendo se conviertan libremente al Señor» (AG,13). En el decreto, la fe y la conversión brotan, con la fuerza del Espíritu, ante el anuncio del ministerio de la Palabra.

### *El dramatismo de la conversión*

Es importante constatar los efectos para el hombre de lo que el texto llama «conversión inicial» (AG,13). En este primer momento de acceso a la fe, que el RICA, después, situará en el «precatecumenado», el

hombre, tocado por la gracia, se siente «arrancado del pecado» y «entra en el misterio del amor de Dios» (AG,13): hermoso contraste. Comparando todavía AG,13 con DV,5, vemos cómo en el texto que comentamos aparece más claramente el dramatismo de la conversión. En DV este aspecto queda mucho más atenuado. Para AG, el acceso de un adulto a la fe, el paso de la increencia a la fe, es un encuentro con Dios, algo gozoso, pero que lleva a una ruptura, algo doloroso. Se ve claramente lo agrídulce de la conversión, hecha de «rupturas y separaciones», pero también de «gozos» (AG,13). El hombre, en la conversión, se siente «arrancado del pecado (avulsum a peccato)» y llamado a «iniciar una comunicación personal» con Dios en Cristo. Es una bella descripción, en términos de encuentro transformador.

Ciertamente la *concepción de la fe* en DV,5 y en AG,13 es la misma: ambas la describen como entrega a Dios. Pero en AG esta descripción tiene más garra, muestra más claramente los efectos en el hombre. Se ve cómo acceder a la fe desde la increencia es una especie de nuevo nacimiento, dimensión que ya Jesús insinuó a Nicodemo. A mí me parece que esta concepción de la fe y de la conversión es algo vital para la catequesis de adultos. Entiendo que ésta ha de reservar un primer momento de su proceso a esta gran experiencia religiosa en el hombre de «enfrentarse con el problema de la conversión» (RICA,6). Y esto lo veo necesario, aunque acaso con matices distintos, no sólo en el contexto de la "misión ad gentes" sino también en el de una "nueva evangelización" con cristianos mucho tiempo alejados vivencialmente de Dios y que, tocados de nuevo, quieren redescubrirle de nuevo. Podríamos decir, con *La catequesis de la comunidad*, que un auténtico proceso catequético «sólo se despliega sobre la base de ese descubrimiento gozoso» (CC,45).

### *La entrega a Jesucristo*

Todavía veo un aspecto importante en la teología de la fe de AG,13,

y es que esa conversión se refiere en directo a la persona de *Jesucristo*. Se habla de «convertirse a El», de «unirse con sinceridad a El», ya que es «camino, verdad, y vida» y «colma infinitamente» todas las exigencias del corazón humano. AG habla claramente de una «fe en Cristo (fides in Christum)» (AG,14), con la misma fuerza con que el Símbolo apostólico utiliza el "IN" para proclamar la entrega del creyente a las tres personas de la Trinidad. Es una entrega tan plena que sólo puede referirse a Dios.

Veo en esta entrega a Jesucristo la finalidad última de la catequesis de adultos. Con razón *Catequesis de adultos*, el documento de nuestros obispos, la describe como «un proceso vinculador a Jesucristo» (CA, 139). Bellamente, *Catechesi Tradendae* afirma así esta finalidad:

«El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto, sino en comunión, en intimidad, con Jesucristo» (CT,5).

### *El concepto de proceso*

El filón de *Ad Gentes* suministra, también, a la catequesis de adultos el concepto de «proceso, (iter)» (AG,13). Este decreto es, sin duda, el documento conciliar donde más claramente aparece el devenir de la fe.

Se trata de un proceso interior, de un «cambio progresivo de sentimientos y costumbres» (AG,13), realizado y motivado a la luz del gozo pascual del que ha descubierto que Jesucristo ha muerto y ha resucitado por él.

El adulto, en efecto, realiza un verdadero proceso de cambio, «pasa del hombre viejo al hombre nuevo» (AG,13). Sus actitudes, sus valores, sus criterios, van cambiando. Realmente, al concluir la catequesis, un adulto deberá poder afirmar: "Ahora soy otra persona".

Veo aquí la grandeza de la catequesis de adultos. Lo que ella busca es la transformación del hombre, su crecimiento interior, la realización -en profundidad- de la «sublimidad de su vocación» (GS,22).

### *El concepto de catecumenado*

La descripción que hace AG,14 de lo que es el "catecumenado" me parece una contribución decisiva para enfocar la catequesis de adultos, si es verdad que ésta debe tener una inspiración catecumenal:

«EL catecumenado no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una formación y noviciado convenientemente prolongado de la vida cristiana, con el que los discípulos se unen a Cristo, su Maestro» (AG,14).

Lo que más me llama la atención de esta descripción es la *finalidad vinculativa* que AG asigna al catecumenado. En él, los discípulos «se unen (coniuguntur)» a Cristo, su Maestro. Me admira la fuerza del "coniuguntur", verbo que apunta a "cónyuge". En el catecumenado los convertidos se unen a Cristo de modo análogo a una unión conyugal.

Además, esta descripción apunta claramente a una formación cristiana que no se puede reducir a mera enseñanza. «No es mera exposición de dogmas y preceptos», dice claramente, queriendo evitar un catecumenado concebido como sólo adoctrinamiento teórico. Lo que desea AG es, más bien, un «noviazgo (tirocinium)» de toda la vida cristiana, apuntando a un verdadero aprendizaje vital o, más aún, en su sentido etimológico, a un verdadero entrenamiento.

La fuerza de esta idea es tan grande que varios documentos posteriores no hacen sino apuntalarla. Así CT cuando dice que «la catequesis no consiste únicamente en enseñar la doctrina, sino en iniciar a toda la

vida cristiana» (CT,33). Y últimamente el mismo *Catecismo de la Iglesia católica* afirma que «no se trata sólo de la necesidad de una instrucción posterior al Bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona» (CEC,1231).

En estos textos el magisterio describe la catequesis que desea la Iglesia, catequesis que debe estar en consonancia con el concepto renovado de Revelación y de fe. La desea como un "noviciado de vida cristiana", en gráfica expresión. No sólo los religiosos tienen su noviciado donde experimentar su entrega radical a Dios. También los laicos cristianos tienen el suyo: el catecumenado, ese lugar formativo en el que se aprende a ser cristiano.

### *Las tareas de la catequesis de adultos*

Junto a la finalidad vinculativa y a esta concepción del catecumenado como noviciado, AG apunta a las *tareas* que se han de desarrollar a lo largo del proceso formativo: una iniciación en el conocimiento del misterio de la salvación, un aprendizaje de la vida evangélica, una iniciación litúrgica y empezar a cooperar en la evangelización. Es, de nuevo, *el Código de derecho canónico* el que sintetiza admirablemente lo que se debe hacer en el catecumenado:

«Por la enseñanza y el aprendizaje de la vida cristiana, los catecúmenos han de ser convenientemente iniciados en el misterio de la salvación, e introducidos en la vida de la fe, de la liturgia y de la caridad del pueblo de Dios, y del apostolado» (CDC,788.2).

Me parece una buena descripción porque, si la entiendo bien, en ella aparecen todos los elementos de la catequesis de adultos: su *finalidad* (iniciación en el misterio de Cristo), sus dos *medios* (formación doctrinal y experimentación de la vida cristiana) y sus cuatro *tareas* (aprender a conocer, celebrar, vivir y anunciar el Evangelio).

Con otras palabras, la segunda descripción conciliar de la catequesis, situada en *Gravissimum Educationis Momentum*, apunta a las mismas cuatro tareas:

- «La *formación catequética*
- ilumina y robustece la fe,
- anima la vida con el espíritu de Cristo,
- lleva a una consciente y activa participación del misterio litúrgico,
- y alienta a la acción apostólica» (GEM,4).

Es, como vemos, una descripción que sintoniza perfectamente con AG,14.

No quiero terminar de analizar la aportación de este decreto conciliar a la catequesis de adultos sin apuntar dos aspectos: la vinculación necesaria del catecumenado con los «sacramentos de la iniciación cristiana» (AG,14) y la responsabilidad de «toda la comunidad de los fieles» (AG,14) respecto al catecumenado.

Realmente, para concluir, el concilio, en DV+CD,14 y en AG+GEM,4, da pistas decisivas y elementos fundamentales a la catequesis de adultos. Entiendo que los documentos magisteriales posteriores no harán sino precisarlos.

## **II. Documentos magisteriales posteriores al concilio**

Me limitaré ahora a señalar sólo lo que considero las grandes aportaciones de algunos documentos postconciliares.

**a. El Directorio catequético general(DCG)**

*La catequesis de adultos, forma principal de catequesis*

A mi entender, el DCG (1971) hace una aportación de máxima importancia a la catequesis de adultos al afirmar que es la forma principal de catequesis. Lo dice con estas palabras:

«La catequesis de adultos, al ir dirigida a hombres capaces de una adhesión plenamente responsable, debe ser considerada como la forma principal de catequesis, a la que todas las demás, siempre ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan» (DCG,20).

Hay que tener en cuenta que, en el año de la publicación del DCG, la catequesis de adultos era minoritaria y se encontraba en un estado muy incipiente. La catequesis real, masivamente, estaba centrada en el mundo de la infancia. Por eso produjo un gran impacto la afirmación de que la catequesis de adultos era la "forma principal" de catequesis. De alguna manera se apuntaba a un ideal que, poco a poco, fuera resituando a la catequesis en su verdadero lugar, dentro de la evangelización, dándole todo su peso como acción eclesial. Se volvía a constatar, por otra parte, cómo en una época de crisis cultural y religiosa, la acción de la Iglesia debía centrarse en los adultos.

La idea hizo fortuna y entró rápidamente en la literatura catequética. Años más tarde, *Catechesi Tradendae* la confirmó y añadió las razones de esa centralidad: «La catequesis de adultos es la forma principal de la catequesis porque está dirigida a las personas que tienen las mayores responsabilidades y la capacidad de vivir el mensaje bajo su forma plenamente desarrollada» (CT,43).

*La catequesis de adultos, principio organizador de la oferta catequizadora*

Hay que hacer notar, sin embargo, que en la formulación de DCG,20 hay propiamente dos ideas: una es este carácter de la catequesis de adultos de ser la forma principal de catequesis y otra la de que las demás formas de catequesis (de niños, de jóvenes, de tercera edad) se ordenan a ella.

Esta segunda idea, del *ordenamiento interno* de las otras formas de catequesis respecto de la catequesis de adultos, y que va más allá de la simple *principalidad*, ha sido muy poco explotada no sólo en los documentos magisteriales posteriores, sino incluso en la misma literatura teológico-catequética.

En mi conocimiento, corresponde a *Catequesis de adultos*, el documento de los obispos españoles, la clarividencia de proponer a la catequesis de adultos como «principio organizador de una oferta coherente de catequesis» (CA,62). Recogiendo el pensamiento de CT, que apuntaba a que las diferentes ofertas de catequesis no deben ser «compartimentos estancos e incomunicados» (CT,45) y a que, con el conjunto de esas ofertas, hay que «propiciar su mutua complementariedad» (CT,45), CA apunta a la necesidad de un *proyecto global coherente de catequesis* (CA,62) en cada diócesis. Esto quiere decir que al planificar la catequesis de niños, la de jóvenes y la de la tercera edad hay que "ordenarlas" a la catequesis de adultos. Al fijar, por ejemplo, los objetivos de la catequesis en la diócesis se debe empezar por fijar los de la catequesis de adultos y, a su luz, los de las otras formas. Lo mismo hay que hacer al ver el tipo de "inculturación" que necesita la catequesis en tal región pastoral, o el tipo de creyente que debe propiciar, o los acentos que la formación de catequistas debe adquirir. Sólo así la catequesis de adultos puede convertirse en el "principio organizador" de una oferta diocesana de catequesis que sea coherente.

**b. *Evangelii Nuntiandi* (EN): 1975**

Es interesante constatar cómo esta gran exhortación pastoral de Pablo VI resiste el paso del tiempo. Dos son, a mi juicio, las aportaciones mayores de este documento a la catequesis de adultos.

*El concepto de evangelización*

La primera se refiere al "*concepto de evangelización*" que EN defiende. Es admirable ver cómo lucha por defender su concepción integradora de la evangelización. Se trata de algo más que de un problema terminológico. En el fondo se trata de un problema pastoral.

«Ninguna *definición* parcial y fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización, si no es con el riesgo de empobrecerla e incluso mutilarla» (EN, 17).

En aquellos años se barajaba la hipótesis de que las tres acciones básicas de la pastoral eran: la evangelización (en el sentido restringido del anuncio a los no creyentes), la catequización (educación de los creyentes en la fe, en su sentido más amplio) y sacramentalización (pastoral de los sacramentos). Al constatar que, muchas veces, se reciben los sacramentos sin la fe, circulaban eslóganes del tipo: "Hay que sacramentalizar menos y evangelizar más".

Entiendo que EN percibió el peligro pastoral de este slogan, como si pudiera existir una evangelización desvinculada de los sacramentos. Y lo advirtió claramente: «Es un equívoco oponer, como a veces se hace, la evangelización a la sacramentalización» (EN, 47). EN aboga por una evangelización que integre todos sus elementos, sin oponerlos: «Hay que componer estos elementos, más que oponerlos entre sí» (EN,24).

En esta perspectiva la catequesis de adultos aparece como un elemento *interior* al proceso evangelizador. Es de advertir la clarividencia de *La catequesis de la comunidad* (CC) al mostrar, en 1983, fecha de su publicación, la precisión del concepto de evangelización que, en la literatura teológico-pastoral, había pasado prácticamente inadvertido. Todavía hoy, en gran parte, lo sigue estando (cf CC, 24-29).

### *Una catequesis de adultos a modo de catecumenado*

La segunda aportación decisiva de EN a la catequesis de adultos se refiere a la manera de concebir ésta. Cree urgente que se lleve a cabo «bajo la modalidad de un catecumenado».

«Las condiciones actuales hacen cada día más urgente la enseñanza catequética bajo la modalidad de un catecumenado para un gran número de jóvenes y adultos que, tocados por la gracia, descubren poco a poco la figura de Cristo y sienten la necesidad de entregarse a él» (EN,44).

Lo importante de esta aportación está no sólo en el hecho de la necesidad urgente de la catequesis de adultos, sino de esa "inspiración catecumenal" con que debe estar dotada.

Aquí también la intuición hizo fortuna. El Sínodo de 1977 sobre la catequesis la recogió en su mensaje final afirmando con rotundidad: «El modelo de toda catequesis es el catecumenado bautismal, formación específica que conduce al adulto convertido a la profesión de su fe bautismal en la noche pascual» (MPD,8). Juan Pablo II, por su parte, recoge también la necesidad de «una catequesis posbautismal *a modo de catecumenado*» (Ch.L.61). Lo hace recogiendo la proposición 11 de los padres sinodales que hablaba de la necesidad de un «catecumenado de catequesis posbautismal» (cf CA,81 nota 30).

### **c. Ritual de la iniciación cristiana de adultos (RICA)**

Para concretar esta inspiración catecumenal de la catequesis de adultos la aportación del RICA (1972) es insustituible. Las observaciones previas que tiene (cf RICA, 1-67) son de una gran riqueza pastoral e indican pistas de gran valor para enfocar la catequesis de adultos.

La Sagrada Congregación para el culto divino, tras ser consultada, mostró la conveniencia de utilizar el RICA no sólo con los adultos no bautizados, sino también -con las salvedades debidas- para la formación catequética de los bautizados. Juan Pablo II, en el referido texto de Ch.L n.61, indica también la conveniencia de que «se vuelvan a proponer (en la catequesis) algunos elementos del RICA, destinados a hacer captar y vivir las inmensas riquezas del bautismo ya recibido». El detalle de la respuesta de la Sagrada Congregación ha sido recogido en CA, 81 nota 29 y CA, 82 nota 32.

#### *Una formación gradual*

Puestos a seleccionar la aportación mayor del RICA a la catequesis de adultos, selección nada fácil, me quedo con su concepción de una *formación gradual*, estructurada en etapas. Hay pocos documentos magisteriales que, referidos a la educación en la fe de los adultos, presenten un plan formativo tan estructurado como lo presenta el RICA.

*Catequesis de adultos*, de los obispos españoles, ha recogido este plan y propone «tres etapas de la catequesis de adultos inspiradas en el modelo catecumenal» (CA,200). *La catequesis de adultos en la comunidad cristiana*, del Consejo internacional para la catequesis, hace una propuesta similar (CACC,67).

Hay que hacer notar que estas etapas que estructuran la catequesis son

cualitativamente distintas (cf CA,201), ya que responden a los diferentes momentos que configuran el devenir de una fe adulta. El tratamiento pedagógico de cada una de ellas debe ser también diverso.

Este modelo catecumenal, inspirador de la catequesis de adultos, tiene la gran ventaja de concretar aún más el cristocentrismo de la catequesis, ya que muestra cómo todo el proceso catequizador debe estar impregnado por una espiritualidad pascual:

«Conviene que toda la formación se caracterice por su índole pas-cual» (RICA,8).

#### **d. *Catechesi Tradendae* (1979)**

El Sínodo de 1977, sobre la catequesis, dio origen al *Mensaje al Pueblo de Dios* (MPD) y a *Catechesi Tradendae*. Del primero ya hemos señalado cómo la catequesis de adultos debe inspirarse en el modelo catecumenal. CT, por su parte, hace una aportación también vital.

#### *Una catequesis de adultos orgánica y sistemática*

El Sínodo de 1977 quiso restituir, con claridad, a la catequesis una cualidad en la que no se insistía tanto en aquella época: su *organicidad*. Era la época de la catequesis antropológica, en gran parte inspirada por la revisión de vida. Se insistía mucho, con razón, en la necesidad de iluminar la experiencia humana. En la catequesis de jóvenes, por ejemplo, lo primordial era iluminar sus grandes interrogantes vitales.

El Sínodo insistió, sobre todo, en una afirmación decisiva: la catequesis debe ser *orgánica* y *sistemática*. Es necesario, ciertamente, que se

encarne en la vida, que ilumine la experiencia humana. Pero no se puede reducir la catequesis, vino a decir el Sínodo, a unos cuantos temas antropológicos iluminados por la fe. El hombre de hoy necesita vertebrar su fe con una buena síntesis orgánica de la Revelación. Y en esta organicidad ponía el Sínodo la originalidad de la catequesis respecto a otras formas de educación en la fe.

Si uno de los ejes de EN era su concepción de una evangelización integral, para evitar la disociación entre la evangelización y la sacramentalización, el eje mayor de CT, a mi juicio, es su concepción de una catequesis orgánica y sistemática, para evitar la disociación entre una catequesis antropológica, y una catequesis doctrinal y sistemática:

«No hay que oponer una catequesis que arranque de la vida a una catequesis tradicional, doctrinal y sistemática. La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación... Pero esta Revelación no está aislada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de la existencia, ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio»(CT,22).

Tuve la suerte de participar en este Sínodo y todavía recuerdo el discurso de clausura de Pablo VI en el que reconocía, agradecido, las proposiciones de los Padres sinodales reconociendo la necesidad de una catequesis orgánica. El actual Juan Pablo II, entonces cardenal, debió quedar impresionado por aquellas palabras de agradecimiento de un Papa anciano, poseedor del carisma de confirmar en la fe a los hermanos. En CT ha dejado constancia de aquellas palabras. Es bonito este homenaje de un Papa a otro:

«En su discurso de clausura de la IV Asamblea general del Sínodo, el Papa Pablo VI se felicitaba al advertir que todos han señalado la gran necesidad de una *catequesis orgánica* y bien ordenada, ya que esa reflexión vital sobre el misterio de Cristo es lo que principal-

mente distingue a la catequesis de todas las demás formas de presentar la Palabra de Dios» (CT,21).

**e. *La catequesis de la comunidad* (1983) y la *Catequesis de adultos* (1990)**

Entiendo que, con estos dos documentos, los obispos españoles han hecho una contribución valiosísima a la catequesis de adultos. Aunque *La catequesis de la comunidad* (CC) trate de la catequesis en general, basta una lectura atenta para darse cuenta de que está concebida en clave de catequesis de adultos. *Catequesis de adultos* (CA), redactada años más tarde, recoge el espíritu del documento anterior y lo aplica más explícitamente a la catequesis de adultos, perfilando más algunas cuestiones antes sólo esbozadas. Es fácil percibir en los dos documentos la atención constante a la praxis catequética. Se trata de un trabajo de discernimiento. Son, como indica el subtítulo de ambas obras, verdaderas "orientaciones pastorales".

Me es difícil entresacar las aportaciones más importantes para la catequesis de adultos. Son dos redacciones muy trabadas, de difícil sintetización. A riesgo de ser injusto me quedaría, no obstante, con estas tres aportaciones:

*La prioridad de la catequesis*

La primera se refiere a la prioridad de la catequesis dentro del proceso evangelizador (ver CC,35-38 y CA 53-56). En ambos casos se parte de CT,15, básico para esta cuestión. CA, dándose cuenta de que, hoy, el anuncio misionero a los alejados es fundamental para la evangelización, y de que la existencia de auténticas comunidades cristianas es clave para que ese anuncio sea creíble, no tiene más remedio que defender una prioridad *referida* a esas dos acciones imprescindibles.

La catequesis es prioritaria precisamente para potenciar lo que es, en sí, más fundamental: el anuncio misionero y las comunidades fraternas testimoniales.

### *Las características que definen a la catequesis de adultos*

La segunda aportación valiosa la veo en la clarificación de las *características* que definen la verdadera catequesis de adultos. El problema pastoral subyacente, influido todavía por la dificultad en concebir a la catequesis de adultos como orgánica, reside en que se tiende a llamar "catequesis de adultos" a cosas muy diferentes: conferencias aisladas, cursillos,... «No conviene llamar catequesis de adultos a cualquier acción educativa cristiana que se realiza con ellos. En la tradición de la Iglesia la catequesis ha sido una acción bien delimitada» (CA,86). Al enumerar estas características aparece, entre otras, la de que la catequesis de adultos es una «formación orgánica y sistemática» (CA,86).

### *La eclesialidad de la catequesis de adultos*

La aportación más entrañable la veo en la concepción de la *eclesialidad* de la catequesis. CA, 106 y ss. recoge un reto que CC dejó insinuado: «Es importante que, entre nosotros, la acción catequética se vea fecundada por el concepto conciliar de la tradición» (CC,136). Así como es verdad que la catequesis española ha recibido el impacto beneficioso de la renovación del concepto de "Revelación", no ha sucedido lo mismo con el concepto de "Tradición": «Hemos de reconocer sinceramente que el *sentido eclesial* aparece -con frecuencia- deteriorado entre nosotros, en situación enferma» (CC,138).

CA recoge esta problemática y desarrolla un bello discurso sobre la catequesis como *acción maternal* de la Iglesia, impregnado por textos patrísticos de gran enjundia. En estos textos el catecumenado aparece

como una gestación, en la que la Iglesia alimenta con lo mejor de sí misma a esos hijos suyos que van a nacer en la pila bautismal.

«En todo proceso catequizador de un adulto se desarrolla esta acción maternal de la Iglesia, que alimenta con su propia fe a sus hijos nacidos por el Bautismo. Es inherente a la catequesis, en consecuencia, que la *vinculación cordial* del cristiano con la madre Iglesia quede bien consolidada. La salud espiritual del adulto depende de ese vínculo» (CA, 110).